

VALDÉS, Octaviano, **El prisma de Horacio**, Instituto de Investigaciones Filológicas, U.N.A.M., 1a. edición 1937; reedición 1985, 62 pp.

Este ensayo clásico de nuestra época constituye una sabrosa interpretación en torno a la obra del poeta que ha estado presente en toda la literatura occidental a partir del Renacimiento; su reedición es por demás oportuna.

En *El prisma de Horacio* demuestra el doctor Octaviano Valdés haber asimilado la sólida concisión del poeta que ha acuñado el mayor caudal de sentencias memorables debidas a una sola pluma.

El propio doctor Valdés ha ido creando en homenaje a Horacio un gran acopio de frases memorables. Así, comienza por declarar que Horacio es “cantor de la mediocridad . . . que es moderación sapiente; no atrofiamiento ni insulsez”. Para el humanista mexiquense “la inspiración de Horacio canta, como en la playa el mensaje multiforme de los mares, alisado en la arena”.

Pocas frases nos ha conservado Suetonio de las que Octaviano —emperador de Roma— dedicó a su amigo Horacio; pero aquí engarzaremos —ya sin comillas— las muchas frases bellas que el Venusino ha inspirado a otro gran amigo: Octaviano el decano de los humanistas de México.

El doctor Valdés comienza por explicar la causa de que Horacio tenga tantos enemigos irreductibles cuantos amigos intolerables. Porque el obvio cantar se torna prodigio en los labios de este gran poeta y, además, porque sus fuentes griegas son tan abundantes que las hormigas de la crítica se han complacido en exhibirle la aridez de los huesos.

La maestría de Horacio puede recoger las ideas ajenas embebiéndolas de sus jugos personales; ello ha hecho que tantas frases suyas hayan llegado a nuestra edad, sonantes como monedas de oro. Horacio se erige en la llanura y no se lanza tras el vértigo mortal, pero sí evita “el parto de los montes que engendra sólo un ridículo ratón”.

Horacio no “alza la voz a la mitad del foro”, pero cuando lo desea logra “arrancar a la epopeya un gajo”, igual que el

buen Ramón. Allí están para demostrarlo el *Iustum et tenacem* y el *Caelo tonantem*.

Sabe, además, gozar y exaltar la alegría de vivir... risas de cortesanas, como estallar de rosas, amor perfumado de falerno, dulce amistad, acopio de felicidad.

La poesía del Venusino se adelanta a Gautier, cuya poesía ideal debía ser

*comme un vase d'albâtre
ou l'on cache un flambeau.*

Ése es el oro magnífico que Horacio nos arroja a manos llenas. Revisemos aquí las dos grandes secciones de este *prisma*: A) Horacio moderno; B) Los caminos de Horacio.

A. Horacio moderno

El doctor Valdés inserta muchas versiones suyas en bella prosa, de pasajes diversos de Horacio; las citaremos en abundancia.

El ensayista señala que, mientras somos antagónicos con las épocas precedentes, tenemos un notable paralelismo con épocas remotas.

El amor por la libertad nos une con Horacio, quien declara que “los pintores y poetas siempre han gozado el privilegio de ir tras cualquier intento audaz”. Él nos enseña también el ansia de exotismo: hoy se lo busca en oriente; Horacio fue a buscarlo a Grecia. Allí, él ¡quiso aprender a matar y no pudo! Su entusiasmo bélico, junto con el escudo, quedó tirado en el campo de Filipos.

El Venusino, *Musarum sacerdos*, busca “la armonía y el verbo rotundo” en el inimitable Píndaro. La renovación, ideal de Horacio, enfrenta el arte rutinario que —como escribe don Octaviano— se asemeja al príncipe idiota que se empeñó en representar la gloria de su pretérita dinastía.

Neologismos y arcaísmos preocupan a Horacio, quien descubre en el lenguaje un funcionamiento similar a los árboles,

que deben soltar follaje marchito y vestirse de renuevos. La lengua griega es la fuente para los neologismos latinos. Y la *callida iunctura*, “aquel misterioso maridaje de las palabras”, es otro de sus hallazgos.

El humorismo de Horacio coincide con el pudor de los sentimientos que cultivan en 1900 los parnasianos. Cuando la cuerda demasiado tensa va a estallar, se rompe la melodía en paradójico humorismo. Allí están, para probarlo, el usurero del *Beatus ille* y el sabio casi igual a Júpiter, “cuando no lo molesta un catarro”.

Aconseja el Venusino, por lo demás, evitar lo alambicado: “Por huir de un pecado, caemos en vicio peor si falta el arte”.

Él supo, antes que Verlaine y que González Martínez, torcerle el cuello al cisne de la elocuencia. Él fue devoto de la labor de la lima, la cual consigue el verso austero que deja al vate *contentus paucis lectoribus*.

Don Octaviano cierra su primera parte señalando que Horacio alcanzó a percibir el aire estremecido todavía por el eco de las liras eolias... cuando las piedras augustas aún se dolían del último temblor de los cinceles creadores.

¡Qué bien entiende el poeta Octaviano Valdés al poeta Horacio!

B. *Los caminos de Horacio*

La poesía de Horacio, como viejo palimpsesto, bajo las tintas visibles, cela toda una misteriosa entraña de inesperadas revelaciones. El Venusino no es el egoísta que aparenta su *Odi profanum vulgus* (Oda III, 1), ni el hedonista del *Episcuri de grege porcum* (Epíst. I, 4).

El doctor Valdés se remonta a *La conversión de Horacio*, del catalán Lorenzo Riber (1882-1958), donde Horacio aparece censurando, en el *Tu ne quaesieris*, el mal del siglo de Leucónoe, temerosa de la muerte.

En dos cantos, sobre todo, la muerte le gana toda la voz al poeta: en el *Solvitur acris*, la pálida Muerte huella con

pie indiferente el tugurio y la mansión; y en el *Eheu fugaces*, “un heredero más cuerdo que tú beberá el cécubo que guardaste bajo cien llaves”.

Para don Octaviano, no hay duda de que Horacio estaba firmemente convencido de la existencia del más allá. Él, empero, no desprecia la muerte como Sócrates, pues siente cruel al estoicismo; ni ve como Pablo de Tarso, un más allá que “ni el ojo vio ni el oído oyó”, pues aún no surge la religión de las infinitas esperanzas. Horacio prefiere el modesto *Carpe diem*: asido a cada día, le exprime la belleza, a medio camino entre epicúreos y estoicos.

Y el Venusino tiene toda una pintoresca filosofía en torno al vino: “Tras beber, nadie lamenta campañas bélicas ni pobreza”. Pero Horacio no es uno de los bebedores que rodaban bajo el triclinio... Él, hasta cuando bebe es artista: sus vinos miden la propia alcurnia por la edad de Manlio cónsul.

Y sabe reconocer sus propias transgresiones: “No le eran extrañas las escapatorias furtivas bajo el manto sensual de Aristipo” (Epíst. I, 1).

Obstinado incursor en el campo del amor era Horacio: Glicera, Barina, Galatea, Cínara, Leucónoe consuelan su vida inalterablemente célibe.

Su *Carpe diem* es precursor de la estrofa de Darío:

¡Cojamos la flor del instante / la melodía
de la mágica alondra cante / la miel del día!

Y don Octaviano nos presenta *la trilogía de la muerte* en Horacio.

Rimbaud, tras ser balaceado por un íntimo, se declara desertor de la poesía... al contacto de la fúnebre sombra. De modo similar, Horacio habla en tres odas de los riesgos de muerte que ha corrido: en el desastre de Filipos, bajo el árbol maldito, y en los escollos de Palinuro. Son las odas II, 4; II, 13, y III, 8. Además, en la oda II, 7 reaparece la fúnebre sombra que de un tribuno inconsistente que no llegaba a mediocre soldado, creó un poeta inmortal.

Horacio era escasamente devoto de divinidades, pero al evocar su salvación frente al árbol casi asesino, ofrece una víctima a Baco. Don Octaviano comenta: Sentido de ultratumba y religiosidad son correlativos, como el frío y el calor.

Por lo demás, el “dulce morir por la patria” no le impidió al Venusino sostener que la patria no se beneficia con el fratricidio. En ocasiones, Horacio cantó el desposorio leal entre Roma y Augusto. El *civis romanus sum* es el cetro imperial repartido a todos los ciudadanos. Esto despreñese de la oda IV, 5.

Prudentes son los consejos del Venusino: “En tu sumisión a los dioses reside tu poder”. Acude a la verdad simple y austera: la restauración del hogar. Sabe fustigar el vate a la romana que “en la mesa del marido busca a los mancebos adúlteros” (Oda III, 6).

Y el Venusino llega a lanzar la sentencia que resultará profética: “El bárbaro vencedor pisoteará nuestras cenizas, y el caballo de casco resonante azotará la ciudad” (Épodo 16).

Sólo un rencor tuvo Horacio: el oro inútil, causa de todos los males (III, 24), el que “se abre paso entre los soldados y quebranta las peñas” (III, 16).

Sus sentencias contra la avaricia se multiplican: “Crece cada día la riqueza criminal y, sin embargo, no sé qué le falta que siempre se siente corta” (III, 24). Es la misma sentencia condenatoria del *Eclesiástico*, Capítulo 31.

¡Qué bello autorretrato de Horacio!: “Tránsfuga de los ricos, me voy sin riquezas a los campos de los que nada ambicionan” (III, 16).

Horacio rehúye “la importuna miseria” tanto como “los artesonados de oro”. Comenta don Octaviano que vivir sólo para someter las espaldas a una carga de oro es cumplir una misión de jumentos. “¡Ay de vosotros que copuláis heredad con heredad!” gritó primero Isaías y luego Horacio. Además, para el rico propietario, la morada más segura acabará por serlo el Orco rapaz (Oda II, 18).

Y qué sana era la amistad para Horacio. Porque una cabal salud exige “el otro yo” que recoja el impulso del alma. El Venusino llama “mitad de mi alma” a Virgilio (I, 3) y luego

al propio Mecenas (II, 17). Porque tiene muchas ventajas un afecto no erótico, sino sólo solidario.

Muchos otros son los amigos de Horacio: el meditabundo Tibulo, el llorado Quintilio Varo, Torcuato, Delio, Crispo Salustio, el joven orador Lolio (a quien Horacio le advierte: “Los tiranos de Sicilia no inventaron un tormento mayor que la envidia”), y el rebelde incorregible Licinio, quien por no escuchar la cuerda voz del amigo (Oda II, 10), pagó sus conjuras con la muerte.

Los libros de nuestro vate son vistos por el doctor Valdés casi como “la confesiones de Horacio”. Éste es buscado por los ricos por su lira y su palabra feliz, pero él prefiere confesarse “heredero obscuro... sangre de padres pobres”. Porque la abnegación paterna dotaba al hijo con alas tan victoriosas, que lo levantarían sobre el tropel anónimo de la nobleza. Tal comenta don Octaviano tras leer la Sátira I, 6.

Lúcido, Horacio no se acerca a la muerte apretando a los labios la canción marchita, sino que protesta ante Mecenas: “¿Aún quieres lanzar a la lucha a un viejo gladiador ya retirado?” (Epíst. I, 1).

Pasaron las odas pajareras de risas; llegó el medio siglo de vida con su “áurea moderación” frente al “exilio sin retorno”.

Pero eso sí, nadie (ni Dante, ni ningún simbolista) ha cantado su futura inmortalidad con la intensidad de Horacio: “He construido un monumento más perenne que el bronce... ¡No moriré del todo!” (Oda III, 30). Y es que ni los propios Homero y Virgilio tuvieron nunca la experiencia de la muerte que probó Horacio.

“Alas vigorosas y jamás vistas me levantarán a la anchura del éter” había también proclamado el romano al cerrar su segundo libro lírico, con la ardorosa y pura fe de un cristiano primitivo.

Y Octaviano Valdés concluye: “El pontífice del culto vencido ya no sube con la virgen silenciosa... Pero ‘el cantor alado’, de la anchura de los siglos hace el amanecer de su gloria”.

Este *Prisma de Horacio* fue cincelado por don Octaviano para

celebrar el bimilenario del nacimiento del vate romano (1937). En efecto, Horacio nació en 63 a.C. y murió en 8 a.C. Hoy se reedita para comenzar a preparar los festejos bimilenarios de su paso de la muerte a la inmortalidad (1992).

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

VALVERDE TÉLLEZ, Emeterio, **Bibliografía filosófica mexicana**, edición facsimilar, estudio introductorio por Herón Pérez Martínez, índices elaborados por Pilar González y Marcelo Sada, Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, 1989, 2 vols. LXXXI + 508 y 655 págs.

El libro que reseñamos es la edición facsimilar de una de las primeras bibliografías científicas de la filosofía en México. La obra de Valverde es, en efecto, un valioso instrumento para el estudio de la historia de la filosofía en México. A pesar de que ha habido nuevas investigaciones, esta obra, aparecida por primera vez en 1907 y en su segunda edición en 1913-1914, sigue ofreciendo datos útiles. Tal vez la parte que más se ha visto beneficiada con búsquedas ulteriores ha sido la de filosofía colonial, por ejemplo, con el trabajo de Walter Redmond (*Bibliography of the Philosophy in the Iberian Colonies of America*, The Hague: Martinus Nijhoff, 1972), que recoge la información de Valverde, la de Gallegos Rocafull y la de Navarro. Pero la obra de Valverde, enriquecida en su segunda edición con los resultados de las pesquisas de bibliógrafos como Vicente Andrade y Nicolás León, fue inapreciable para servir de punto de partida a este tipo de estudios. Sigue ofreciendo datos útiles de biografía y contenidos doctrinales que no se recogen en las bibliografías actuales.

La obra de Valverde nos brinda una abundantísima información acerca de la filosofía en México desde la Colonia